

**¿DÓNDE ESTÁN LOS NIÑOS?  
RASTREANDO LA MIRADA ANTROPOLÓGICA SOBRE LA INFANCIA**

---

*Where are the Kids? Tracing the Anthropologic View on Childhood*

XIMENA PACHÓN CASTRILLÓN \*  
Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

\* xpachonc@unal.edu.co

Artículo de revisión recibido: 9 de enero del 2009 · aprobado: 15 de mayo del 2009

RESUMEN

Estudiosos de la historia de la antropología coinciden en afirmar que los niños y las niñas son seres tradicionalmente dejados de lado en la literatura y el debate antropológico, así como en el desarrollo de las técnicas o los métodos usados por la disciplina. Pero una exploración somera sobre la producción antropológica permite afirmar que —a pesar de su marginamiento— la infancia ha estado presente desde los inicios de la investigación antropológica. Este artículo es una exploración de los orígenes, el desarrollo y los avances de la “antropología de la infancia” en el marco de la antropología norteamericana a lo largo del siglo xx.

**Palabras clave:** *infancia, antropología de la infancia, historia de la antropología, antropología norteamericana.*

ABSTRACT

The Anthropology History scholars all agree in sustaining that boys and girls are traditionally relegated beings in anthropologic debates and literature, as well as in the development of techniques used by this discipline. However, a superficial exploration of anthropologic production allows to affirm that —despite its margination— childhood has been present from the beginnings of anthropologic research. This paper is an exploration of the origins, development and advances of the “anthropology of childhood” in the context of North American anthropology throughout the twentieth century.

**Key words:** *childhood, childhood anthropology, history of anthropology, North American anthropology.*

## INTRODUCCIÓN

No resulta fácil hablar desde Colombia de una antropología de la infancia, así como tampoco es fácil encontrar en la literatura antropológica clásica trabajos sistemáticos y específicos que tomen al niño o a la niña, o a la infancia, como su foco de exploración académica.

El niño es un objeto nuevo de estudio. Nuevo en las ciencias sociales, nuevo en la historia y nuevo en la antropología. Como Margaret Mead (1955) lo planteaba hace más de cincuenta años, al igual que en todas las áreas en donde la observación disciplinada reemplaza los pareceres y los puntos de vista tradicionales, el estudio de los niños reales enfrentó en sus inicios múltiples dificultades. Representantes de las culturas occidentales reaccionaron en contra del robo de la “inocencia de la infancia”, denigraron de los especialistas que sugerían que las características de la personalidad adulta se formaban en la infancia, alertaron a las madres sobre los daños irreparables que podían recaer en sus pequeños y señalaron cómo la activación de las memorias infantiles se podía convertir en una justificación de la irresponsabilidad moral adulta y, en general, de todos los comportamientos no aceptados socialmente.

La medicina y la psicología fueron, tal vez, las ciencias que le abrieron la puerta al estudio sistemático de los niños, por lo menos dentro de la antropología norteamericana. La psicología infantil y, posteriormente, el llamado Desarrollo infantil acumularon un volumen muy importante de información basado en el “test”, datos recogidos en situaciones experimentales y observaciones directas en guarderías o lugares de juego. En el campo del psicoanálisis, el estudio de los niños reales en situación analítica demoró algún tiempo antes que reemplazara las construcciones de la infancia derivadas de las sesiones analíticas de los adultos (Mead, 1955).

El trabajo que aquí se presenta busca realizar una exploración sobre los orígenes, el desarrollo y los avances de la antropología de la infancia dentro de la antropología norteamericana a lo largo del siglo xx. Estudiosos de la historia de la antropología coinciden en afirmar que los niños y las niñas son seres tradicionalmente dejados de lado dentro de la literatura y el debate antropológico, al igual que en el desarrollo de las técnicas o métodos usados por la disciplina. Una somera exploración sobre la producción antropológica nos permite afirmar,

sin embargo, que a pesar de su marginamiento aquellos han estado presentes desde los inicios de la investigación antropológica.

¿Qué tan importantes han sido los niños y las niñas para la antropología a lo largo de este periodo? ¿Qué papel han desempeñado en la construcción del saber antropológico durante el siglo xx? ¿Cómo han sido conceptualizados, observados, estudiados y analizados por esta disciplina? ¿Qué le depara el siglo xxi a los estudios antropológicos sobre la niñez? Estos son algunos de los interrogantes de los que partió la exploración de las fuentes antropológicas aquí consultadas. Si bien al inicio del trabajo quisimos abarcar la antropología anglosajona en su conjunto, el volumen de la información y la divergencia en su desarrollo nos llevó a dejar de lado el conjunto y postergar su exploración, para centrarnos por ahora en la antropología que se ha desarrollado fundamentalmente en los Estados Unidos.

#### LA INFANCIA SE ASOMA A LA ANTROPOLOGÍA

Desde los inicios mismos de la antropología, los niños despertaron en los investigadores preguntas relacionadas con el desarrollo de la sociedad, de la cultura y del hombre. Antes que el trabajo de campo sistemático empezara a aportar información empírica sobre las diversas sociedades y culturas, el niño, al igual que el hombre salvaje o primitivo, era visto en oposición al mundo civilizado europeo y norteamericano (Montgomery, 2009: 18). En los inicios de la antropología británica, los niños representaban el vínculo entre el salvajismo y la civilización. Edward Taylor, uno de los padres de la antropología británica, consideraba que en el mundo infantil, especialmente en sus juegos, se encontraban huellas de las formas en que nuestros ancestros habían vivido. Los niños se veían como “representantes de una remota antigua cultura” (Taylor, 1913: 284), y el análisis del niño y del salvaje en conjunto era considerado una manera de entender la condición de la humanidad contemporánea. La idea del salvaje como una representación de la infancia de la raza humana se encuentra en trabajos clásicos de la antropología británica, como en los de John Lubbock (1978: 360), quien comentaba: “Las cercanas similitudes entre las ideas, el lenguaje, los hábitos y el carácter de los salvajes y los niños, aunque generalmente aceptadas, han sido usualmente dejadas de lado y miradas como un accidente curioso más que como una verdad relevante...”.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando las ciencias sociales y la naciente antropología estaban imbuidas de los principios del evolucionismo, encontramos además de los trabajos clásicos otros menos conocidos pero influidos por estas concepciones que exploran el mundo de los niños. Uno de ellos es la etnografía de Dudley Kidd, *Savage childhood. A study of Kafir children*, publicada en Londres en 1906, la cual es, tal vez, la primera etnografía dedicada a los niños.

En la introducción de su libro, Kidd se queja y se sorprende por la ausencia de estudios sobre los niños salvajes. En la London Library y en la Childhood Society de Londres no pudo encontrar ninguna referencia al respecto, y, finalmente, en el British Museum halló tres volúmenes sobre la infancia en las razas nativas de Sudáfrica, publicados por el Smithsonian Institution Bureau of Ethnology (Kidd, 1906: 3-6). Kidd, inspirado por los principios evolucionistas, consideraba que el hombre, la mente humana, no podía descansar hasta que no lograra entender el inicio de los procesos de la vida, y que de la misma manera no era posible entender la estructura de un animal hasta que no estudiáramos la estructura de su embrión; por tanto, no podíamos entender la mente del adulto hasta que no estudiáramos la mente del niño. Kidd consideraba, igualmente, que la psicología estaba destinada a empezar con el estudio del niño, y afirmaba que no era posible comprender la vida social o religiosa de las razas civilizadas hasta que no estudiáramos el desarrollo de la vida social y religiosa de las tribus salvajes. Concluía entonces que la sociología y la teología estaban destinadas a empezar sus estudios con la etnografía de los pueblos no civilizados, y añadía que no era posible entender la vida de los salvajes hasta que no estudiáramos el periodo de su infancia<sup>1</sup>. De ahí la necesidad de estudiar al niño.

Kidd, quien dedicó cerca de veinte años al estudio de los Kafir en Suráfrica, realizó una detallada etnografía que abarca múltiples

---

1 “The mind cannot rest until it reaches the beginning of a process. We cannot fully understand the structure of an animal until we study the development of the embryo; zoology and morphology are bound to start with embryology; we cannot understand the mind of the adult until we study the development of the mind of the child; psychology is bound to start with child-study; we cannot understand the social or religious life of civilized races until we study the development of the social and religious life of savage tribes; sociology and theology are bound to start with ethnography; finally, we cannot understand the life of the savage until we study the childhood of the savage” (Kidd, 1906: 8).

aspectos de la vida social: el nacimiento y la infancia, el surgimiento y el periodo de la conciencia, el desarrollo de las facultades, el significado del juego, el trabajo; las historias y las fiestas de los niños, así como un interesante capítulo sobre el uso de la mano derecha y la mano izquierda y los nombres dados a los dedos. En la introducción a su obra, Kidd (1906: 8) plantea también las dificultades a las que se enfrenta un investigador blanco al estudiar a los niños primitivos: “Los niños son tan tímidos ante el hombre blanco extranjero y sus padres tan poco deseosos, o tan incapaces de brindar información confiable, que es particularmente difícil entrar en la vida íntima de los niños”. A pesar del interés y el encanto que el autor encontró en estos niños, profundamente imbuido de principios racistas y evolucionistas, este consideró, sin embargo, que los veía rezagados en su desarrollo moral e intelectual en relación con los niños europeos.

Estas concepciones y lecturas sobre la infancia, que florecieron especialmente en la antropología inglesa de la época, tuvieron un impacto muy negativo sobre el desarrollo de la antropología de la infancia. Algunos antropólogos han llegado a sugerir incluso que estas tempranas comparaciones de los salvajes con los niños se encuentran entre las causas que explican por qué los antropólogos han sido tan reticentes a estudiar la infancia, ya que ante el temor del resurgimiento de estos molestos antecedentes prefirieron evadir el tema.

Helen Montgomery, antropóloga que recientemente ha estudiado el papel de los niños en el desarrollo de la antropología, señala que lo interesante de estos estudios pioneros no son los prejuicios existentes sobre los niños, sino el papel que aquellos desempeñaron en el entendimiento de la humanidad en general y sus ideas sobre la naturaleza del niño, que fueron centrales para el desarrollo de la temprana antropología. Ella resalta, igualmente, que antes de que el trabajo de campo se convirtiera en la estrategia fundamental del método etnográfico, los niños eran los únicos “otros” observables. Eran los “salvajes en la casa”, y como tales podían ser estudiados, observados, y podía seguirse y registrarse su desarrollo. “Los niños permitieron a los antropólogos escribir de una manera que familiarizaba lo extraño y que domesticaba ideas sobre el salvaje” nos dice la autora (Montgomery, 2009: 20-21).

En la historia de la antropología norteamericana, donde la concepción evolucionista no tuvo tanto protagonismo como en Inglaterra,

los niños desempeñaron un papel diferente del que tuvieron en la antropología inglesa, y fueron, tal vez, más centrales en el desarrollo de la disciplina. Franz Boas, tal vez el padre de la antropología norteamericana, fue uno de los grandes críticos de la mirada evolucionista de la historia de la humanidad, mirada que ubicaba al salvaje (representado por los niños y los primitivos) en un extremo y a la civilización (ejemplificada por la cultura europea) en el otro (Montgomery, 2009: 21).

Rastreando la historia de la antropología de la infancia norteamericana, encontramos algunos trabajos clásicos que deben mencionarse: uno de ellos es el de George Bird Grinnell (1849-1938). Este zoólogo de formación y antropólogo por inclinación y trabajo, especializado en ornitología y colecciones de fósiles, hizo parte de la expedición de Custer a las Black Hills en 1874, donde desarrolló un inusitado interés por las tribus indígenas locales. Dedicó su vida a la causa indígena, a la protección del medio ambiente y la preservación del Parque de Yellow Stone. Sus trabajos sobre los indígenas durante esta época son considerados clásicos dentro de la antropología norteamericana. Entre las múltiples obras que escribió sobre los indígenas norteamericanos, se encuentra *The Cheyenne Indians. Their history and ways of life*, publicada en 1923, producto de su larga permanencia conviviendo entre ellos y del profundo conocimiento que logró adquirir sobre su historia y su vida social. En este texto le dedica un capítulo especial a los niños: “The boy and the girl”, donde resalta muy tempranamente las diferencias de género y explora la forma de nombrarlos, los procesos de socialización de cada uno de ellos, las actividades de caza que realizan los niños, y de manera muy especial la captura de su primer búfalo, así como la educación especializada que se les brindaba a las niñas.

Tal vez fue una mujer, Matilde Coxe Stevenson (1849-1915), una de las primeras personas en realizar, desde la etnología, una investigación sobre los niños. Ella, una mujer emblemática en la historia de la antropología norteamericana, mucho antes que Margaret Mead, desarrolló un interés en el tema de la infancia. Conocida por su monumental trabajo con los indígenas zuñi e, igualmente, por su importante papel en la fundación de la Women’s Anthropological Society of America, comenzó su estudio de “hábitos, costumbres, juegos y experiencias de los niños zuñi” en 1879, trabajo que desarrolló mientras acompañaba a su marido, un geólogo, humanista y antropólogo que fue enviado a la

zona a realizar una investigación (citado en Schwartzman, 2001a: 17). Él le había enseñado los rudimentos metodológicos de la técnica etnográfica, y ella, al igual que la mayoría de los etnógrafos de la época, fue autodidacta. Con los rudimentos etnográficos aprendidos, logró acceder al mundo de las mujeres indígenas, espacio inaccesible para los hombres. De esta manera, es considerada la primera etnóloga norteamericana en tomar en consideración a las mujeres y a los niños como temas importantes para la investigación antropológica. En 1887 publica *Religious life of the Zuñi child*, un trabajo que aparece en las ediciones anuales del *Bureau of Ethnology* y que se constituyó en una de las primeras publicaciones especializadas sobre los niños: en esta obra, la autora analiza y describe tanto el aspecto doméstico de la vida del niño, incluyendo sus hábitos, costumbres, juegos y otras actividades cotidianas, al igual que su vida religiosa: la forma cómo esta era enseñada y las prácticas que como niños debían realizar.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, la antropología física, muy desarrollada en la época, tomó a los niños y las niñas como especímenes a los que se les aplicaron las múltiples baterías de medición que esta disciplina venía elaborando. Entre los diversos ejemplos que se podrían analizar, se encuentra el trabajo de Aleš Hrdlička (1869-1943), médico europeo, especialista en anatomía, exponente de una forma de pensamiento característico de la época y quien, en 1898, publica un libro en el que ilustra las diferencias entre los niños blancos y los de color (citado en Schwartzman, 2001a: 15). Se mencionan también los trabajos de Wood (1903: 659-666) en los que el autor compara el tamaño y el crecimiento de los niños en China, Japón y Corea. Al igual que estos, se podrían mencionar los trabajos de muchos otros autores quienes, usando métodos de la antropología física, compararon niños de diferente origen racial, a fin de buscar conclusiones o hipótesis sobre sus diferencias y, especialmente, de desarrollar test y medidas de diferenciación racial (citado en Schwartzman, 2001a: 17).

Líneas más adelante, Schwartzman explica que, a principios del siglo XX, los niños y las niñas aparecen también en la naciente antropología norteamericana asociados a sus pertenencias: ajuares, juguetes y otros objetos, así como a sus juegos y canciones. Se encuentran, igualmente, en informes sobre colecciones de artefactos materiales asociados con ellos: las *baby machines*, que eran unos aparatos para

enseñar a los niños a caminar, o los portabebés que usaban los indígenas norteamericanos, o las colecciones de figuras de arcilla elaboradas por los niños navaho y reportadas por Fewkes (1923: 559-563). Sobre este último trabajo, se debe resaltar su importancia, ya que este autor se detiene en objetos producidos por los niños, más que en algo producido para ellos (citado en Schwartzman, 2001a: 18).

Steward Culin, el reconocido etnólogo y recolector de juegos, en 1899 publicó un artículo titulado “Juegos hawaianos”, donde presentó una notable recopilación de los juegos que practicaban los indígenas de Norteamérica, e incluye una breve información sobre los juegos de los niños, recogida a través de entrevistas con marineros hawaianos en 1865. Se menciona la cacería de libélulas, la hechura de canoas con hojas, las muñecas de piedra, los escondites, las prácticas de recitación de rimas y otras variedades del juego.

Muchas de las investigaciones que se realizaron a principios de siglo y que, de una u otra forma, tienen en cuenta a los niños, se enmarcan en la escuela conocida como el Particularismo Histórico, liderada por Franz Boas, para la cual el recolectar, describir y preservar los artefactos, las tradiciones y las costumbres de los grupos primitivos era la principal preocupación.

Los intentos por sistematizar lo que ha sido una antropología de la infancia en los Estados Unidos plantean algunas conclusiones relevantes. En una revisión de los artículos publicados en *American Anthropologist* durante el siglo xx, la antropóloga Helen Schwartzman (2001a) señala como la primera conclusión significativa, aunque no sorprendente, que los niños nunca fueron centrales en los estudios antropológicos, a pesar de haber sido muy útiles para la investigación de una amplia gama de tópicos.

En los inicios, los niños fueron utilizados como especímenes para la aplicación de medidas, test, muestras, entre otros, desarrollados por la antropología física a principios del siglo xx. Se utilizaron también para comparar la manera como variaba el tamaño y el color de la piel de niños de diferentes nacionalidades. Se coleccionaron sus objetos y pertenencias, y hasta sus juegos y canciones, pero el niño como objeto de estudio se escabulló de las investigaciones antropológicas, y solo ocasionalmente se le percibió como un campo legítimo y específico de investigación antropológica (Schwartzman, 2001a).

## LA INFANCIA ENTRA EN LA ANTROPOLOGÍA

El surgimiento de la escuela de Cultura y Personalidad marca una época especial en la historia de la antropología de la infancia. La conjunción de la psicología y el psicoanálisis, con sus investigaciones sobre el desarrollo infantil, y de la antropología cultural que se venía gestando en los Estados Unidos con los discípulos de Franz Boas, desembocó en un interés específico por el estudio del niño en general y el surgimiento de una antropología de la infancia. De hecho, uno de los primeros artículos que aparecen en relación con los niños es precisamente el de Boas (2008: 17-21), escrito en 1911 y titulado “Plasticity in child development”, donde el autor desarrolla el concepto de *plasticidad*, haciendo alusión a la capacidad adaptativa que tiene el ser humano y, de manera muy especial, el niño (LeVine & New, 2008: 19). Este concepto ha mantenido su vigencia a través de los años.

El desarrollo de esta escuela de pensamiento llevó a focalizar la atención en los niños, dado el interés que tenían la antropología y la psicología de la época por establecer cómo la cultura moldeaba a los individuos desde el momento de su nacimiento, cómo los niños devenían en “seres culturales” y cuál era el impacto que las primeras experiencias de la infancia tenían tanto en la personalidad adulta como en el conjunto de la cultura de la sociedad a la que pertenecían. Conocer los procesos de socialización a través de los cuales la cultura elaboraba y modelaba a los hombres y las mujeres que cada una de esas sociedades necesitaba y esperaba, se hizo fundamental y se tuvo en la mira de estos procesos: los niños y las niñas fueron objeto central de atención. La relación entre patrones de crianza, amamantamiento, prácticas de limpieza, formas de castigo, ritos de paso y la estructura social, se hicieron muy frecuentes en este periodo. Igualmente surgieron en la época trabajos que exploraban el impacto del cambio cultural en el desarrollo de la personalidad. El concepto de *aculturación* se hizo dominante y omnipresente, y su utilización con los niños se manifestó en múltiples estudios.

En esta época fructífera de la antropología norteamericana aparece un interés creciente en relación con los métodos y las técnicas que debían ser utilizados para trabajar con niños. Posiblemente Margaret Mead inició la discusión al respecto, cuando en 1933 publicó en *American Anthropologist* el artículo denominado “More comprehensive field

methods”. Durante esta época, la investigación antropológica estuvo marcada por el uso de una gran variedad de técnicas que venían de la psicología y del psicoanálisis: el test Rorschach, el TAT, el test de la figura humana, al igual que autobiografías e historias de vida cuya paternidad se disputaban la antropología y la psicología. Se discutía y escribía sobre la utilidad que tenían para la antropología tanto los métodos proyectivos como la necesidad de entrenarse en la metodología y la teoría implícita en la entrevista, considerada el mejor método para indagar sobre la personalidad en el terreno (Schwartzman, 2001a: 20).

En aquella época múltiples investigadores formados tanto en la antropología como en la psicología y/o el psicoanálisis trabajaron con la niñez. Uno de ellos fue Géza Róheim (1891-1953), el antropólogo y psicoanalista húngaro quien fue uno de los primeros antropólogos en utilizar de manera sistemática las teorías freudianas en el análisis de la cultura. Róheim introdujo a la antropología de la época múltiples técnicas propias del psicoanálisis, e ilustró sus teorías a través no solo del análisis de los sueños, sino de las actividades lúdicas, juegos y rimas de los niños duau, en la isla de Normanby (1943: 99-119). Después de su muerte se publicó *Children of the desert: The western tribes of Central Australia* (1974).

Margaret Mead señaló la importancia que tuvieron las mujeres en el proceso de focalizar al niño, la niña y la infancia en general, como centro de atención académica. La autora mostró que a pesar de la existencia de hombres que en su época eran importantes investigadores del tema, como Erik Erikson, John Dollard, Geoffrey Gorer, Jean Piaget y René Spitz, “probablemente no es un accidente que todos ellos hayan trabajado de manera muy cercana a una mujer bien sea como maestra o colaboradora” (Mead, 1955: 4). Al respecto, Mead enfatizaba que la época en que los trabajos serios sobre los niños se iniciaron fue un periodo en el cual las mujeres desempeñaron un papel creciente en la medicina, la psicología, el psicoanálisis e, indudablemente, en la antropología. Mead concluye afirmando que las preocupaciones tradicionales de las mujeres con niños pequeños hicieron de su estudio una escogencia natural. Para esa generación de investigadoras, el estudio de los niños resultaba más fácil que para los hombres, ya que ellas crecieron en un periodo en el cual el cuidado de los niños era un trabajo eminentemente femenino (Mead, 1955: 5).

En esta escuela de Cultura y Personalidad, las alumnas de Franz Boas, la doctora Ruth Benedict y, especialmente, Margaret Mead (posiblemente una de las mujeres más influyentes, emblemáticas y prolíficas en el mundo de la antropología norteamericana, y una de las personalidades más sensibles hacia el estudio de otras culturas) fueron pioneras en el campo de la antropología de la infancia. Benedict, que se había iniciado en los estudios de psicología, realizó las primeras investigaciones antropológicas destinadas a estudiar el mundo de los niños en otras sociedades y en otras culturas y, específicamente, a explorar los procesos de socialización y crianza. Hoy en día, a pesar de los años, sus teorías sobre la enseñanza y la socialización continúan siendo una referencia importante.

Se puede decir que a partir de los trabajos de Ruth Benedict y, especialmente, de Margaret Mead, se despertó dentro de la antropología norteamericana el interés por el estudio de la infancia, al igual que por los estudios de mujer y de género. Mead, como discípula de Boas, enfatizaba el papel que la cultura jugaba en el desarrollo de la personalidad adulta, de ahí su interés por la infancia y la adolescencia. Varios de sus viajes de campo estuvieron centrados en la observación de la infancia, la cual se mantuvo dentro de sus grandes preocupaciones a lo largo de su vida. En la introducción a la publicación de sus cartas, escritas desde los diversos lugares donde trabajó, su hija Mary Catherine Bateson (2001: 5) escribe:

Por siglos los escritores habían venido diciéndoles a los padres cómo educar a sus hijos, sin embargo, la observación sistemática del desarrollo infantil estaba hasta ahora comenzando y ella [Margaret Mead] fue de las primeras en emprender su estudio comparado. Fue una de las feministas que combinó la certeza sobre la necesidad de hacer de la mujer una ciudadana completa, con una fascinación permanente por los niños y con la preocupación por la satisfacción de sus necesidades. Consideraba que una cultura que repudiara a los niños, no podía ser una buena cultura.

En todos los lugares donde Mead realizó sus investigaciones incluyó en su agenda a las mujeres y a los niños, seres que habían sido ampliamente invisibilizados por la antropología realizada hasta la época. La divulgación de sus trabajos en los Estados Unidos tuvo un impacto profundo sobre la forma como los padres, los maestros, los

adultos en general y los diseñadores de políticas públicas percibían a los niños en la época (Bateson, 2001). Fue tanto su interés por la infancia y por lo que esta significaba en la vida adulta, que incluso escribió una autobiografía de sus primeros años de vida, *Blackberry winter* (Mead, 1972), con la convicción de que la educación recibida de sus padres, progresistas e intelectuales, hicieron de ella una mujer “adelantada a su tiempo” (Bateson, 2001: XVII).

Samoa fue la primera sociedad que Margaret Mead estudió y adonde llegó en 1925 cuando tan solo tenía 23 años. Fue el propio Boas quien la animó a realizar estos trabajos, que tenían como objetivo fundamental comprobar que no existía un determinismo biológico, así como mostrar el peso de la cultura y averiguar si la tensión emocional y otros rasgos propios de la adolescencia en la sociedad moderna se daban también en la primitiva. Si bien había aceptado el tema sugerido por su maestro, contrarió sus consejos y se fue a la lejana isla de Samoa, en los Mares del Sur. Siguiendo las enseñanzas clásicas de la época, específicamente, de Boas y Malinowski, partió del aprendizaje de la lengua, utilizó la observación participante como técnica de trabajo de campo y realizó descripciones de las costumbres que ella consideraba se habían ido perdiendo por influjo de la sociedad occidental. Privilegió la información cualitativa sobre la cuantitativa, razón por la cual prefirió trabajar en una comunidad pequeña, de tan solo seiscientas personas, dada la naturaleza de su tema de investigación, ya que consideraba que no era fácil que los informantes hablaran sobre el sexo. Mead pasó seis meses acumulando un conocimiento íntimo y detallado de todas las adolescentes de la comunidad y describió la manera como había seguido —para la realización de este trabajo— la metodología del psiquiatra, quien “utiliza los casos como ilustración más que como prueba”. Metodológicamente, el trabajo de Mead señala que, ante la escasez del tiempo destinado al trabajo de campo, fue necesario recurrir a un “método transversal”<sup>2</sup>, ya que el tiempo no le permitía hacer un seguimiento

---

2 El “método transversal”, utilizado por Mead, hace referencia a que al no disponer del tiempo que le permitiera hacer un seguimiento longitudinal o evolutivo de cada uno de los casos estudiados, ella no estudió la forma como cambian unas mismas personas en una sociedad específica, sino la manera en que cambian las personas con edades distintas en un momento dado, suponiendo que cada una de ellas tendrían una evolución similar.

longitudinal o evolutivo de cada uno de los casos estudiados. La observación directa con las adolescentes la realizó con técnicas convergentes: observación de la vida cotidiana, test de inteligencia, empleo de cuestionarios y preguntas ocasionales, entre otras<sup>3</sup>.

La publicación de *Adolescencia y cultura en Samoa* (Mead, 1971), a pesar de las críticas que generó por la forma como su autora condujo la investigación y por la interpretación que realizó de sus hallazgos, introdujo indudablemente a los niños, las niñas y los adolescentes en la agenda antropológica e hizo de Mead una de las primeras antropólogas en haber tomado seria y sistemáticamente la investigación con la infancia (Montgomery, 2009: 23). De ahí que su nombre sea referencia obligatoria al indagar sobre la antropología de la infancia y su pasado. Acerca de su experiencia Mead explica (1971: 65):

En Samoa me di cuenta de que no podía entender la adolescencia sin estudiar la preadolescencia: para mi próximo viaje de campo decidí estudiar niños aún más jóvenes. El problema que yo quería investigar estaba relacionado con el pensamiento animístico en los niños pequeños. De manera particular, yo me preguntaba si Freud, Lévy-Bruhl, Piaget y otros estaban en lo correcto en afirmar que la gente primitiva, los niños civilizados y los neuróticos eran semejantes en sus patrones de pensamiento, entonces, ¿qué era el pensamiento de los niños primitivos?

Después de estudiar la adolescencia en Samoa y con estas inquietudes en mente, Mead viajó en 1929 a las islas Manus, de Nueva Guinea, donde los niños y los jóvenes de nuevo acapararon su interés. En esta oportunidad entre los temas que ella observó se encontraban la primera infancia y las historias, los cuentos y los relatos utilizados por los adultos para la educación y socialización de los niños (Mead, 1930). Posteriormente, en Bali, exploró el cuidado dado a los bebés, así como

---

3 La experiencia de Samoa, plasmada en su libro *Coming of age in Samoa*, fue ampliamente conocida, y el trabajo pronto se convirtió en un *best seller*, traducido a varios idiomas en los que actualmente se continúa publicando. Esta obra presentó al público norteamericano por primera vez la idea de que el carácter que el individuo adquiere a lo largo de su crecimiento y socialización, acaba siendo definido de acuerdo con las necesidades específicas de cada cultura. De esta forma, el carácter del adolescente (ya sea agresivo, pacífico, introvertido, etc.) puede estar definido en función del entorno donde se ha criado.

las nuevas formas para documentar el paso de la niñez a la etapa adulta y la forma como la sociedad plasma este tránsito a través de símbolos. En Bali trabajó con su esposo, el antropólogo inglés Gregory Bateson, y juntos realizaron un trabajo pionero en antropología mediante la utilización de más de treinta mil fotografías con fines investigativos (Bateson & Mead, 1942).

En 1954 aparece uno de los primeros libros de los que tengamos referencia donde se plantea el problema de la infancia desde la antropología. Su título: *Childhood in contemporary cultures*, editado por Margaret Mead y Martha Wolfstein, una importante psicoanalista de la época. Surgió de un grupo de investigación sobre culturas contemporáneas, fundado por Ruth Benedict en 1947 dentro de las actividades de la Universidad de Columbia y el American Museum of National History Studies in Contemporary Cultures. En el marco teórico del texto escrito por Mead, ella nos recuerda que los niños son sujeto nuevo de estudio. Resalta la manera como cada periodo histórico del cual tengamos alguna evidencia tiene sus propias versiones de la infancia (Mead, 1955: 8)<sup>4</sup>:

[...] en pinturas del Niño Jesús y de San Juan, en los retratos de pequeños príncipes y princesas, en encantadoras composiciones de lánguidas damas y sus encantadores niños, la infancia era algo que uno daba por hecho, una figura del habla, un sujeto mitológico más que un objeto de un escrutinio coherente.

En este volumen, pionero de una antropología de la infancia, las autoras no pretenden presentar un estudio exhaustivo sobre la forma de estudiar a los niños dentro de un contexto cultural, sino brindar a los estudiantes y lectores interesados algunas ideas sobre los tipos de investigación que pueden ser realizados, tanto desde el punto de vista del método como de los resultados. Incluyeron varios estudios de una misma cultura a fin de demostrar cómo eran los niños franceses, no solo a través de las películas, sino de los dibujos o de su comportamiento en el parque. O los niños alemanes, a través de la literatura sobre su cuidado, la ficción juvenil o los compendios de cuentos destinados para ellos (Mead, 1955: 5).

---

4 Traducción mía.

En este texto aparece un importante escrito de Ruth Benedict (1938), titulado “Continuities and discontinuities in cultural conditioning”, publicado en la revista *Psychiatry* y, posteriormente, editado varias veces en diferentes publicaciones especializadas. El escrito constituye un intento específico por aplicar a la sociedad norteamericana consideraciones surgidas de las observaciones y los estudios de antropólogos de campo sobre la infancia.

Benedict plantea que todas las culturas tienen que ver, de una manera u otra, con el ciclo de crecimiento desde la infancia hasta la adultez, y que la naturaleza ha planteado la situación de una manera dramática: por un lado, está el bebé recién nacido, psicológicamente vulnerable e incapaz de defenderse por sí mismo o de participar por su propia iniciativa en la vida del grupo; y, por otro, están el hombre y la mujer adultos. Todo hombre que desarrolle sus potencialidades humanas tuvo que haber sido hijo primero y padre posteriormente, y los dos papeles se encuentran psicológicamente en gran oposición o contraste. Primero se es dependiente de otros para lograr la propia existencia; posteriormente, el ser humano debe brindarles esa seguridad a otros. Esta *discontinuidad* en el ciclo de vida es un hecho de la naturaleza, nos dice la autora, y por tratarse de algo ineludible para cualquier ser humano, era muy importante utilizar la etnología y el material comparativo de otras culturas, a fin de tener una perspectiva más amplia de nuestro propio comportamiento. A pesar de ser un hecho de la naturaleza el que el niño se convierta en un hombre, la manera como esta transición se realiza varía de una sociedad a otra, y ninguno de estos puentes culturales particulares debe ser mirado como el sendero “natural” hacia la madurez (Benedict, 1938: 1-27).

Desde un punto de vista comparativo, la cultura occidental y, de manera muy especial, la sociedad norteamericana llegan a un gran extremo, enfatizando los contrastes entre el niño y el adulto. El niño es asexual, mientras que el adulto evalúa su madurez por sus actividades sexuales; el niño debe ser protegido de los terribles hechos de la vida, mientras que el adulto debe enfrentarlos sin que se derrumbe psicológicamente; el niño debe obedecer, mientras que el adulto debe saber cómo imponer sus órdenes. Estos son dogmas de la cultura occidental, dogmas que, a pesar de los hechos de la naturaleza, otras culturas comúnmente no comparten (Benedict, 1938).

Indudablemente, la era de la escuela Cultura y Personalidad fue el periodo en que los niños entraron realmente en la mira de la antropología y fueron concebidos como sujetos de investigación antropológica; también, el momento en que apareció publicado el mayor número de libros y artículos sobre los niños. A pesar de los múltiples problemas señalados por la crítica, esta escuela abrió el camino hacia el entendimiento de la vida de los niños y de las ideas sobre la infancia. Fue Margaret Mead quien “rompió el estrangulamiento que la biología y la genética mantenían sobre los estudios del desarrollo infantil” (Langness, 1975: 98).

A pesar de los logros y los avances alcanzados, pues fue en ese periodo que la infancia ocupó de forma creciente la atención de los investigadores, algunos antropólogos consideran que, por lo general, el interés real de los investigadores en aquella época era el desarrollo y la forma como surgía la personalidad adulta. Schwartzman (2001a: 20), en su revisión sobre los artículos relacionados con la infancia de *American Anthropologist*, concluye al reflexionar sobre este periodo que los niños eran fáciles de usar y necesarios para los proyectos de Cultura y Personalidad, pero que

[...] ellos no eran realmente el centro de los intereses de investigación [...]. Sin embargo, aunque los niños y los jóvenes son vistos como un grupo útil para examinar la psicología de la aculturación, el principal interés de los investigadores era examinar la persistencia o el cambio en “la estructura de la personalidad modal” bajo las condiciones de aculturación.

#### NUEVOS DESARROLLOS DE LA ANTROPOLOGÍA DE LA INFANCIA

Los años setenta fueron una época en la antropología cuando muchos creyeron que la ciencia se encontraba en crisis y que era necesaria una reinvencción (Hymes, 1972: 22). En los Estados Unidos muchos antropólogos consideraban que la era de la escuela Cultura y Personalidad había muerto y era algo del pasado. Sin embargo, parece que las preocupaciones de esta escuela, por lo menos en lo que respecta a la antropología de la infancia, se prolongaron a lo largo de otras décadas y los intentos por relacionar la antropología con la psicología continuaron.

Entre las múltiples herencias que esta escuela le legó a los estudios de la infancia, la antropología norteamericana cuenta con el importante y voluminoso trabajo de John Whiting y su esposa, la antropóloga Beatrice Blyth Whiting, quienes formaron uno de los equipos de

investigación más duraderos en el tema y quienes dedicaron gran parte de su fructífera vida profesional a la investigación comparada de la crianza, la socialización y el desarrollo de la infancia y la adolescencia en múltiples y diversas culturas. Ellos desempeñaron un papel central en la institucionalización de estos campos de la investigación como espacios especializados, ubicados en los límites de la antropología y la psicología (DeVore, Vogt & LeVine, 2004). *Becoming a kwoma: Teaching and learning in a New Guinea tribe* (1941), resultado final del trabajo elaborado en Nueva Guinea por John Whiting y con el cual obtuvo su doctorado en la Universidad de Yale, recoge los resultados de su primer trabajo de campo con la infancia como centro de atención. La combinación de conceptos provenientes de la psicología con los de la antropología funcional de Bronislaw Malinowski, quien por la época se encontraba de profesor visitante en la Universidad de Yale, hizo de esta obra una referencia obligatoria para los interesados en el tema, dada su aguda descripción del proceso de socialización de los niños en una cultura tradicional, no occidental. Su título, cuidadosamente pensado, buscaba expresar la idea de que los niños no nacen con una identidad cultural propia, sino por el contrario que ellos debían aprender a pensar y comportarse como miembros de un grupo social específico (DeVore, Vogt & LeVine, 2004). Utilizando la rica información existente en Human Relations Area Files, la base de datos etnográficos de la Universidad de Yale, elaborada por George Murdock en 1949, Whiting se propuso desarrollar un análisis sistemático de la experiencia infantil y sus efectos en la sociedad adulta. Buscaba explorar la concepción básica de la teoría freudiana, que considera que las experiencias infantiles constituyen una fuerza poderosa en el diseño de la personalidad y el comportamiento adulto (Montgomery, 2009: 26).

Beatrice Whiting, por su parte, fue una pionera de la antropología psicológica y de los estudios comparativos del desarrollo infantil. Investigó a los niños en diversas culturas y elaboró una metodología especial para la observación de su comportamiento, que influyó en la investigación psicológica sobre desarrollo infantil. Sus métodos combinaban el conocimiento antropológico profundo sobre las comunidades locales y las familias de las que se ocupaba con las observaciones sistemáticas de la psicología del comportamiento y el desarrollo infantil (DeVore, Vogt & LeVine, 2004).

La obra de Beatrice Whiting y Carolyn Edwards (1988), *Children of different worlds: The formation of social behavior*, basada en el trabajo de campo en catorce comunidades diferentes, se convirtió en la época en hito para el estudio de la vida de los niños y el desarrollo de los roles de género.

En Harvard, los esposos Whiting trabajaron activamente con Clyde Kuckhohn, Evon Vogt e Irven DeVore. El programa de Desarrollo Humano de la Universidad de Harvard, bajo la dirección de John Whiting (1953-1963), se convirtió en un reputado centro internacional de investigación y entrenamiento intercultural, desde donde se llevó a cabo el emblemático estudio conocido como *Six cultures study of socialization of the child* (1963), realizado mediante la conformación de equipos de campo que analizaron la crianza infantil en cuatro continentes. El entrenamiento en Harvard de investigadores provenientes de Kenya, Nigeria y Etiopía garantizó en gran medida el éxito de la investigación (DeVore, Vogt & LeVine, 2004), al igual que el uso de una rigurosa metodología que implicaba que los equipos conformados por parejas de hombres y mujeres utilizaran los mismos métodos y observaran los mismos problemas de investigación relacionados con la crianza y socialización de los niños de diferentes culturas (Montgomery, 2009: 27). En 1966 fundaron y dirigieron el Centro para la Investigación del Desarrollo Infantil en la Universidad de Nairobi, en Kenya, y adelantaron trabajo de campo en comunidades rurales de este país. Después de su retiro, los Whiting, sin embargo, continuaron con el tema y dirigieron entre 1980 y 1985 un proyecto comparativo sobre la adolescencia, el cual incluía trabajo de campo en cuatro continentes. Esta investigación contó con el apoyo del conocido antropólogo Irven DeVore (DeVore, Vogt & LeVine, 2004).

Durante más de treinta y seis años John Whiting y su esposa Beatrice también dirigieron un seminario de investigación en la Universidad de Harvard, recordado como una experiencia legendaria por haber creado un espacio excepcional donde tenían acogida y entrenamiento aquellos estudiantes interesados en el estudio comparativo del ser humano y, dentro de este estudio, de manera muy especial, el niño (DeVore, Vogt & LeVine, 2004).

Es difícil sintetizar en un artículo exploratorio las importantes contribuciones de los esposos Whiting a la antropología de la infancia. Tal vez, una de las más significativas ha sido indudablemente el

haber inspirado, seducido y formado a otros muchos investigadores e investigadoras provenientes de la antropología y la psicología, fundamentalmente, a continuar la tarea por ellos iniciada de investigar de manera sistemática y comparada los procesos de reproducción, crianza y desarrollo de los niños de diferentes culturas. Estos estudios “desnaturalizaron” la infancia y demostraron que no existe nada que sea natural o universal en relación con la forma como los niños actúan; así mismo, mostraron que la vida de los niños se encuentra definida tanto por su cultura y medio ambiente como por la biología (Montgomery, 2009: 28).

Dando continuidad a este “linaje” dentro de la antropología norteamericana, es necesario mencionar a Robert LeVine, antropólogo y psicólogo, formado en los equipos que trabajaron en el estudio de las *Seis culturas* con John Whiting, y quien continuó desarrollando y ampliando las problemáticas que se plantean los especialistas en la antropología de la infancia y, en concreto, aquellas relacionadas con la socialización y el desarrollo infantil. LeVine, profesor emérito de antropología de la Universidad de Harvard, se encuentra a la vanguardia de la investigación sobre la infancia y su relación con la antropología y la psicología. Su amplio e importante trabajo basado en la investigación sistemática de campo, desarrollada en comunidades africanas, centroamericanas, al igual que en comunidades norteamericanas, busca establecer, entre otros aspectos, cuál es la influencia que la cultura ejerce sobre la forma como las madres y los padres desempeñan sus papeles, al igual que sobre el desarrollo del niño y la personalidad adulta en diferentes contextos culturales.

Si bien el concepto de *socialización*, tan importante durante las décadas del los cincuenta, los sesenta y aun los setenta (Goslin, 1969), había ido perdiendo su relevancia, y su utilización había declinado en muchos campos de las ciencias sociales (Elder, 1994), Robert LeVine y varios de sus colegas continuaron trabajando en el tema y han publicado múltiples escritos al respecto. En 1994 salió a la luz un interesante texto titulado *Child care and culture. Lessons from Africa*, en el cual LeVine y otros investigadores indagan sobre la paternidad, la maternidad y la infancia en una comunidad africana, estableciendo patrones y prácticas no imaginadas por las teorías del desarrollo infantil occidental. En este libro, los autores proponen un acercamiento para estudiar el medio en el que se desarrollan los niños y las niñas y el papel que este

desempeña en su formación. Este estudio logró reunir a un equipo de investigadores experimentados provenientes de las ciencias sociales y de la salud, quienes permanecieron en campo entre 1974 y 1976. Dado que LeVine había trabajado en los años cincuenta con los gussi de Kenya, cuando hacía parte del equipo de los Whiting, y que otros miembros del equipo habían investigado el mismo grupo, el estudio partió de un gran acervo de material directamente relacionado con la infancia, cosa que influyó en la riqueza de sus resultados. Durante los diecisiete meses de trabajo de campo, el equipo centró su observación en veintiocho niños de la comunidad gussi de Kenya, y elaboró un perfil de los cuidados brindados a ellos desde el nacimiento hasta cuando habían cumplido treinta meses de edad. Estas prácticas fueron comparadas con las de niños blancos de clase media norteamericanos, mostrando los diferentes patrones de comportamiento reproductivo y los cuidados brindados a los niños, para ello tomaron los modelos culturales condicionados históricamente como marco de la explicación (LeVine *et al.*, 1998). Aunque para LeVine el estudio de la socialización no constituye en sí mismo una “antropología de la infancia”, lo considera un elemento indispensable de esta, por la descripción de los ambientes en que se desarrollan los niños a lo largo del mundo (LeVine, 2007).

Sus trabajos han permitido establecer a través de diversas culturas las diferencias que hay entre las prácticas de crianza y, así mismo, han mostrado la manera como estas corresponden a procesos adaptativos que cobran sentido dentro de cada una de esas culturas; dichas prácticas les permiten a los niños crecer, aprendiendo las normas de cada una de sus sociedades. LeVine ha mostrado, igualmente, que el cuidado de los niños no tiene que ver solamente con asegurar la satisfacción de sus necesidades básicas, sino que es parte de un sistema más amplio de la práctica cultural, que asegura que desde los primeros días de la vida del niño, él o ella sea socializado(a) dentro del conjunto de los valores de su cultura (Montgomery, 2009: 31).

Los trabajos de los esposos Whiting, los de Robert LeVine y muchos otros, difíciles de mencionar en este artículo, nos permiten observar la manera como la influencia de Margaret Mead y la escuela de Cultura y Personalidad se ha prolongado y translucido en la realización de todos estos desarrollos a lo largo de la segunda mitad del siglo xx.

## NUEVOS ÉNFASIS EN LA ANTROPOLOGÍA DE LA INFANCIA

Finalizando el siglo xx, la figura de Margaret Mead continuó iluminando el panorama de la infancia en la antropología norteamericana. A comienzos de los años ochenta, *American Anthropologist* editó en su honor el volumen ochenta y dos. En este texto, Mead aparece como una antropóloga prolífica y polifacética, quien ejerció su influencia en múltiples ramas o aspectos de la disciplina: la metodología del trabajo de campo, la antropología aplicada, la museología y la docencia. Este número editó artículos de su autoría y un ensayo biográfico elaborado por Mary Catherine Bateson<sup>5</sup>, su hija. La década concluyó con la publicación de la polémica obra de John Derek Freeman<sup>6</sup>, *Margaret Mead and Samoa: The unmaking of an anthropological myth* (1983), que gestó el debate Freeman-Mead, que la comunidad antropológica de la época apasionadamente observó<sup>7</sup>.

5 Además del artículo biográfico publicado en *American Anthropologist*, Mary Catherine Bateson escribió un bellissimo texto titulado *With a daughter's eye: memoir of Margaret Mead and Gregory Bateson* (1994). A pesar de los múltiples libros escritos sobre estos dos legendarios antropólogos, ninguno logra la profundidad de esta memoria, escrita por su hija, quien también es una brillante antropóloga.

6 John Derek Freeman (1916-2001) fue un antropólogo, psiquiatra y filósofo neozelandés, conocido por sus esfuerzos por refutar los hallazgos de Margaret Mead en su estudio sobre Samoa, publicado en 1928 bajo el título de *Coming of age in Samoa*. Los escritos de Freeman iniciaron una controversia de una dimensión, una visibilización y una emotividad difícilmente vivida en la historia de la antropología norteamericana. Freeman visita Samoa en 1940 con el fin de realizar investigación etnográfica. Aprende a hablar de manera fluida la lengua y establece una relación muy estrecha con sus habitantes. Años más tarde, regresa, enseña en la Universidad de Samoa y realiza de nuevo investigación etnográfica. Por más de cuarenta años trabaja en el tema y escribe sobre las incongruencias que encontró entre los trabajos de Mead y sus observaciones personales en Samoa. Su trabajo fue publicado después de la muerte de Mead, en 1978. La crítica cayó sobre él, en su defensa sostuvo que había informado personalmente a Mead sobre su trabajo y entablado correspondencia con ella, pero la comunidad antropológica y la sociedad norteamericana no le perdonaron haber publicado sus trabajos cuando ella ya no podía defenderse. A la muerte de Freeman en el 2001, en su obituario se señalaba el deseo que tuvo de publicar su trabajo sobre Mead desde 1971 y cómo los editores americanos rechazaron su manuscrito. Igualmente, indicaba que en 1978 le envió su manuscrito a Mead, pero ella ya estaba enferma y murió a los pocos meses sin responderle. La crítica de Freeman apunta fundamentalmente al hecho que él considera que Mead fue engañada por sus informantes nativos, que ella ignoró la violencia en la vida de Samoa y que, además, no tenía el suficiente conocimiento para analizar la influencia de la biología en el comportamiento humano. Considera el autor, por otra parte, que Mead no permaneció el tiempo necesario en Samoa y que, además, nunca logró la destreza necesaria en la lengua de los aborígenes (Freeman, 1983, 1999).

7 Posteriormente, Freeman, finalizando el siglo, publicó *The fateful hoaxing of*

Finalizando el siglo xx, la antropología de la infancia no estuvo ajena al desarrollo de la sociobiología ni de la demografía, y son múltiples los estudios publicados en revistas antropológicas donde aparecen referencias a los niños y las niñas. En estos estudios los niños son vistos, unas veces, como una “inversión” y como “recursos”, otras veces, como fuentes de competencia y conflicto (Schwartzman, 2001a: 24).

El interés por el problema demográfico y las estructuras de población, tan importante en la época, al igual que la preocupación por el comportamiento reproductivo de las mujeres y por las diferencias históricas, regionales y de clase (utilizadas como variables explicativas de la transición demográfica), se reflejaron en los trabajos realizados sobre la infancia a finales del siglo xx. Dentro de toda esta problemática, los investigadores se preocuparon profundamente ya no por la mortalidad infantil, sino por el número de niños, ya que ellos ejemplificaban y eran la evidencia del aumento o el decrecimiento de la fertilidad y, por tanto, del éxito o fracaso de las políticas de población. La abundante financiación destinada en la época a los estudios de toda esta problemática indica la gran preocupación en relación con el crecimiento demográfico y los efectos de las campañas de control natal en los países y las regiones “subdesarrolladas”, que desde los Estados Unidos se diseñaron y esparcieron por todo el mundo. Se buscó conocer el proceso mediante el cual las parejas tomaban la decisión de tener o no hijos, así como, al igual que la fertilidad, las variables a las que tal decisión se encontraba asociada. La lactancia y su relación con la fecundidad femenina ameritaron la realización de innumerables e interesantes investigaciones en diferentes partes del mundo. Si bien estos estudios fueron muy prolíficos e importantes para la demografía y las ciencias sociales en general, y a pesar de que los niños eran centrales para el problema de investigación, estos desaparecían o estaban presentes solo de manera marginal en los análisis elaborados (Schwartzman, 2001a: 24). Las estadísticas y los estudios demográficos realizados al finalizar el siglo ocultaron las múltiples realidades vividas por la infancia.

En esta época apareció una serie de trabajos sobre los niños que se puede ubicar en el marco de la economía política. Entre esos trabajos se encuentran, de manera especial, los elaborados por Nancy

---

*Margaret Mead: A historical analysis of her samoan research* (1999), donde continuó el debate que se prolongó a lo largo de la década.

Scheper-Hugues (1992, 1997), Sharon Stephens (1995) y los de Nancy Scheper-Hugues en compañía de Carolyn Sargent (1998). Sin embargo, estas aproximaciones parecen haber influido más en otros campos de las ciencias sociales que en la antropología de la infancia.

La antropóloga estadounidense Scheper-Hugues, en su polémico e interesante trabajo realizado sobre la endémica pobreza y muerte de los niños en el nordeste brasileiro, *La muerte sin llanto* (1997), elabora una etnografía de la sociedad nordestina brasileña a partir del caso de una ciudad de provincia, Bom Jesus da Mata, nombre ficticio de una ciudad azucarera del Estado de Pernambuco. Su investigación está focalizada en la precaria vida de las mujeres y, más aún, en su descendencia, los niños y las niñas que mueren en proporciones alarmantes, en medio de una hostilidad generalizada, sin que siquiera “las campanas de las iglesias suenen”. Scheper-Hugues rescata del anonimato a los más marginales de los marginales, imprescindibles para el mantenimiento del nordeste del Brasil, de los emporios azucareros y del sistema económico-político mundial. Es un estudio del amor materno y la muerte de los niños, en contextos de extrema pobreza y hambre. Este trabajo fue criticado duramente —no solo en Brasil— por su descripción de las madres, quienes se ven forzadas por difíciles circunstancias a “racionar” sus cuidados y su amor en favor de los hijos que aparentan más posibilidades de sobrevivir; también fue criticado, de manera especial, por mostrar a las madres que “ayudan” e, incluso, “aceleran” la muerte de los pequeños.

Posteriormente, Scheper-Hughes, en conjunto con Sargent, edita en 1998 otro polémico libro: *Small wars: The cultural politics of childhood*, donde las editoras logran recopilar un conjunto de ensayos que muestran cómo, finalizando el siglo xx, los niños del mundo se ven afectados por las estructuras globales político-económicas, al igual que por las prácticas diarias inscritas en el nivel micro de las interacciones de las culturas locales. El concepto moderno del *niño* como ser vulnerable y necesitado de protección cede el paso al del *niño* concebido como adulto en miniatura, un regreso a la noción con la que el historiador Phillipe Ariès (1973: 196) caracterizó la infancia premoderna. Los investigadores que participan en este texto se plantean importantes interrogantes sobre la violencia estructural y la forma como esta incide en los niños y sus familias, sobre las políticas que conciben a los niños unas veces como víctimas inocentes y otras como irredimibles

criminales; a la vez, indagan por la economía global y sus políticas sociales que ubican a muchos niños del mundo en situaciones altamente riesgosas. El libro en su conjunto es una valiosa contribución para la historia social contemporánea y la etnografía de la infancia.

En las últimas décadas del siglo xx surgieron también otras corrientes de investigación, cuyos trabajos permiten vislumbrar un interés renovado por retomar el trabajo antropológico con los niños, planteando problemáticas que se encuentran más focalizadas en la infancia que los estudios antes mencionados. La obra de Alma Gottlieb, africanista interesada en los estudios feministas, la problemática del género, la reproducción, la familia y la infancia, representa una corriente renovada y fructífera de investigación antropológica con los niños. Fruto de su larga experiencia en Costa de Marfil, África, donde ha trabajado desde 1979, se encuentran unos iluminadores textos en los que la autora analiza la vida rural de la pequeña comunidad del pueblo Beng y hace etnografía de esta; además, explora los fundamentos culturales de la vida de los niños y de aquellos individuos que los cuidan. “Where have all the babies gone? Toward an anthropology of infants (and their caretakers)” (2000) es un trabajo en el cual la autora plantea que, en gran parte de la literatura antropológica, los bebés o infantes rara vez son tenidos en cuenta. Argumenta que su exclusión de la discusión antropológica se puede explicar con múltiples razones como, entre otras, la problemática relacionada con la “agencia” de los bebés y su presumida dependencia de otros, su rutinaria ligazón con las mujeres, también rezagadas tradicionalmente de la antropología, su aparente inhabilidad para comunicarse y su aparente bajo nivel de racionalidad. Sin embargo, considera la autora que la investigación realizada con bebés fuera del mundo occidental industrializado nos permite conocer las múltiples formas como estos son concebidos por otras culturas. La riqueza de esta información comparativa plantea la posibilidad de considerarlos no solo relevantes como sujeto de investigación, sino fructíferos dentro del quehacer antropológico.

De manera similar, en “Do infants have religion?: The spiritual lives on beng babies” (1998), Gottlieb insiste una vez más en que los infantes son el grupo humano más ignorado de manera sistemática por parte de los antropólogos, y cuestiona los modelos tradicionales establecidos en Occidente sobre el desarrollo infantil y la forma como estos han influido

la investigación en antropología. En esta publicación, Gottlieb investiga los efectos de una ideología muy extendida, existente en el África y en otros lugares, en la cual cada bebé es pensado como la reencarnación de alguien; además, explora las implicaciones de esta ideología tanto en el trato dado a los niños como en su misma experiencia cotidiana. La autora muestra la manera como los adultos beng consideran que los niños son la reencarnación de sus ancestros, por eso, durante sus primeros años de vida recuerdan con nostalgia y añoranza su existencia previa. Los niños llegan a este mundo con el conocimiento de múltiples lenguas que comparten con los ancestros en un mundo no terrenal. De esta manera, al nacer, no tienen que aprender a hablar la lengua de su comunidad, sino por el contrario tienen que ir olvidando todas las que usaban en su vida anterior, en un largo proceso de distanciamiento del mundo espiritual. Los bebés son entonces seres capaces de comunicarse con los adultos, pero estos, al haber olvidado las lenguas que hablaban en el mundo espiritual, y en medio de su ignorancia, son incapaces de descifrar y de comunicarse con los pequeños. Son los adivinos, entonces, quienes con su gran conocimiento y sabiduría, por mantenerse en contacto con el mundo espiritual, les ayudan a los padres con frecuencia a descifrar y desentrañar los deseos de sus hijos (Gottlieb, 1998: 122-135).

Este modelo evidenciado por múltiples etnografías africanas, pero, especialmente, por los trabajos de Gottlieb, nos presenta las dramáticas diferencias existentes respecto de la concepción del niño occidental, percibido como un ser que nace sin ninguna habilidad y que necesita que los adultos le trasmitan todos los conocimientos para poder vivir en sociedad. En oposición, los niños beng, y los de otras culturas del África occidental, son considerados poseedores de estas destrezas desde antes de nacer. La visión occidental, que concibe a los niños como seres incapaces de comunicarse, es reemplazada aquí por un modelo que percibe a los adultos como los incapaces de entender, en vista de que han olvidado los conocimientos que poseían al llegar a este mundo y mientras fueron bebés (Montgomery, 2009: 95). En este modelo, los niños beng están lejos de ser esas criaturas ignorantes, indefensas, sin opinión ni importancia en la sociedad. Ellos son la reencarnación de sus ancestros y poseen todos los conocimientos existentes en el mundo sobrenatural; por lo tanto, no son las criaturas pasivas, dependientes y sumisas de los adultos que estamos acostumbrados a ver en Occidente.

Entre los múltiples trabajos de Alma Gottlieb, tal vez uno de los más llamativos es el realizado con Judy DeLoache y titulado *A world of babies. Imagined childcare guides for seven societies* (2000). Partiendo de los famosos manuales escritos por el doctor Benjamin Spock<sup>8</sup>, las autoras, de manera creativa, presentan la información sobre siete culturas a manera de “Manuales de crianza infantil”. El texto ilustra la impensable variedad de formas como los padres, las personas encargadas de cuidar a los niños y las sociedades en general enfrentan los retos que implican la supervivencia y la crianza de aquellos. Aspectos aparentemente tan cotidianos y simples como dónde, con quién y cómo poner un bebé a dormir durante la noche se muestran saturados de múltiples capas de significados culturales. Las autoras señalan que la diversidad de prácticas de crianza es aún más notable cuando se considera que, hasta cierto punto, estas representan estrategias para manejar necesidades muy similares compartidas por las diversas culturas.

En años recientes han aparecido algunos textos que no solo nos demuestran un inusitado y renovado interés por los trabajos antropológicos sobre la infancia, sino que, además, exploran visiones históricas que nos permiten hacer miradas panorámicas del devenir de estos estudios a lo largo del siglo xx. Entre estos se puede mencionar el editado por el mencionado Robert LeVine y Rebecca New (2008), *Anthropology and child development. A cross-cultural reader*, donde los autores señalan el modo como los estudios de desarrollo infantil se han centrado ampliamente en Norteamérica, Europa y otros países occidentales, regiones que comprenden menos del 10% de los niños del mundo, mientras que la gran mayoría de estos crece en otras regiones en condiciones que difieren drásticamente de aquellas típicas de los niños occidentales. Se preguntan: ¿qué

---

8 Benjamin McLane Spock (1903-1998) fue un reconocido pediatra norteamericano que en 1946 publicó el famoso manual *The common sense book of baby and child care*, uno de los mayores best seller de la historia editorial de los Estados Unidos. En 1998 se habían vendido más de cincuenta millones de ejemplares, traducidos a treinta y nueve idiomas. Spock es considerado uno de los primeros pediatras en estudiar psicoanálisis y en tratar de entender las necesidades de la infancia y las dinámicas familiares. Las ideas y enseñanzas transmitidas a través de este manual, que consideraba que las madres “sabían más de lo que ellas creían”, influyeron múltiples generaciones de padres, recalando la necesidad de ser más flexibles y afectuosos con los niños y contradiciendo la rígida tradición cultural anglosajona de la disciplina como pilar de la crianza. Mayor información se encuentra en varias biografías escritas sobre este pediatra, entre ellas la elaborada por Thomas Maier (1998).

significa la infancia en los diversos pueblos del mundo?, y muestran la manera como la antropología y la investigación comparada en psicología del desarrollo buscan responder esta pregunta mediante el examen de la evidencia proveniente de múltiples comunidades humanas. Los editores recopilan un rico conjunto de experiencias que exploran las variaciones culturales de la infancia y los marcos teóricos usados para investigarla e interpretarla. Estudios etnográficos sobre la infancia —en sociedades de cazadores-recolectores, campesinos y pueblos urbanos e industrializados de diversos países— son presentados en la obra, así como las introducciones a cada una de las secciones de esta, que nos brindan un marco histórico y cultural para entender tanto el significado de los estudios particulares que se publican como sus implicaciones teóricas y prácticas. El texto ilumina el proceso a través del cual los niños y las niñas devienen en los portadores de identidades culturales e históricas específicas.

#### LOS NIÑOS EN LAS PÁGINAS DE *AMERICAN ANTHROPOLOGIST*

La revista *American Anthropologist*, uno de los más importantes medios de divulgación de las ciencias sociales en los Estados Unidos, incursionó con la publicación de los avances de la antropología desde los inicios mismos de la disciplina. El primer número apareció en 1888, y en 1903 la revista fue establecida como órgano de difusión de la American Anthropological Association, la Anthropological Ethnological Society of New York y la Anthropological Society of Washington. En su comité editorial, a lo largo del siglo xx, han prestado sus servicios destacados antropólogos como Franz Boas, Robert Lowie, Leslie Spier, entre otros. Desde los inicios, la revista tuvo como misión la publicación de artículos que interpretaran el conocimiento antropológico y de ensayos de importancia para la disciplina, al igual que comentarios y reseñas sobre libros que se publicaran<sup>9</sup>. De esta manera, a través de sus páginas, se puede rastrear la historia de la antropología norteamericana.

Helen Schwartzman, en su artículo “Children and anthropology: A century of studies” (2001a: 16), realiza una cuidadosa revisión de la producción de *American Anthropologist* sobre la infancia a lo largo del siglo xx, por considerar que el estatus de esta publicación en el ámbito

---

9 Una perspectiva histórica sobre *American Anthropologist*, se puede consultar a Stern y Bohannabn (1970).

de la antropología le permitía pensar que las concepciones sobre los niños encontradas en estas páginas de alguna manera reflejan las ideas que comparte la disciplina en general. De esta manera, ella focaliza su investigación en un siglo de publicaciones, comprendido entre 1898 y 1998, y finaliza su trabajo con la pregunta: ¿si todo lo que nosotros sabemos sobre los niños es lo que leemos en *American Anthropologist*, qué sabríamos? En el interesante análisis elaborado, ella considera que lo que los antropólogos sabemos o no sobre la infancia se relaciona con los conceptos o supuestos que se construyen para elaborar e interpretar las investigaciones en torno a esta. La visión que se tiene de los adultos, como seres activos, y de los niños, como pasivos, es uno de los conceptos más influyentes, y hace referencia a la perspectiva del “centramiento adulto” o la “ideología adulta”, que ha llevado a “agenciar” a los adultos y filtrar el pensamiento de los niños a través del punto de vista de los mayores (p. 26). Entonces, ¿qué saben los antropólogos de los niños?

Ateniéndonos a los escritos sobre los niños a lo largo del siglo xx, editados en *American Anthropologist*, Schwartzman responde que sabemos mucho sobre qué les hacen los adultos a los niños: cómo los moldean, controlan, disciplinan, castigan, y cómo les hablan y les celebran estadios particulares de su ciclo de vida. Igualmente, sabemos qué es lo que los adultos no protegen de los niños y cómo los maltratan, incluidos los estudios sobre infanticidio (Schwartzman, 2001b: 27). Mirar a los niños desde los ojos de los adultos también ha influido la manera como los antropólogos escriben o informan en sus investigaciones sobre las actividades realizadas. Estos siempre parecen estar “haciendo” algo para los niños en sus investigaciones. Por ejemplo, en los primeros estudios miden, recogen y clasifican sus objetos, sus comportamientos, sus juegos y sus canciones. En estudios posteriores, los presentan a través de test proyectivos, al igual que observan y conservan sus comportamientos usando fotografías, películas, colecciones de historias y dibujos. Los niños en estos informes existen como fuentes de información que los investigadores pueden extraer usando las técnicas que estén de moda en el momento (p. 27).

También sabemos qué les dan los adultos a los niños, o qué hacen por ellos. Schwartzman plantea que el conocimiento antropológico de los niños ha sido construido sobre las preocupaciones que, a lo largo de su historia, ha tenido la disciplina. El interés inicial por la cultura

material y por recoger y reportar todas las costumbres poco comunes de los seres humanos, al igual que los objetos raros que ellos construían, se refleja en los trabajos con la infancia. Estas preocupaciones, a su turno, se encuentran relacionadas con el hecho de que los departamentos de antropología en las primeras décadas del siglo xx estaban ligados a un museo general o a un museo antropológico específico. Este interés en la colección de cultura material asociada con los niños se encuentra ilustrada en múltiples estudios de la muestra de Schwartzman, así como en otras obras publicadas que hacen referencia a colecciones de coches, cunas, juguetes, zapatos, ropa, entre otros (Schwartzman, 2001b: 27).

Conocemos también lo que los adultos y las instituciones hacen respecto de los niños. La presencia del punto de vista de la “ideología adulta” es evidente en múltiples artículos, especialmente desde el periodo de la escuela Cultura y Personalidad. En estos estudios sabemos de qué manera los adultos actúan como “agentes socializantes”, “agentes disciplinantes”, “agentes externos” que actúan sobre los niños. Los antropólogos también permiten conocer, a través de su trabajo, la manera como las instituciones “actúan” como “agencias o instituciones socializadoras”. Sin embargo, la gran mayoría de estas investigaciones no deja ver y aun obscurece el poder que el adulto ejerce sobre el niño y la dominación que estructura y caracteriza estas relaciones. Desde esta perspectiva, se asumen los niños como “objetivos” de entrenamiento: pasivos, imitativos y conservadores que aceptan las prácticas de socialización adulta. Lo que no vemos y, por lo tanto, desconocemos en gran medida, escribe Schwartzman, es la forma como los niños actúan en cuanto creadores activos e intérpretes de su mundo social; tampoco vemos su respuesta a ese mundo, ni el hecho de que resisten y experimentan la socialización y los esfuerzos de entrenamiento del mundo de los adultos (Schwartzman, 2001b: 28). Así mismo, no sabemos mucho sobre las formas como las vidas de los niños están siendo crecientemente afectadas por las fuerzas de cambios locales y globales, ni lo que pasa con ellos en medio de los procesos de migración, inmigración, guerras y conflictos que afectan al mundo en general<sup>10</sup>.

---

10 Investigadores como Stephens (1995), Scheper-Hughes y Sargent (1998), citados en este artículo, han utilizado la economía política como marco de referencia para sus estudios relacionados con los niños.

## REFLEXIONES FINALES

La intención de este texto es hacer una revisión de lo que ha sido la antropología de la infancia en un marco amplio de la antropología, antes de iniciar un ejercicio similar dentro del panorama de la antropología latinoamericana y, específicamente, de la colombiana. La exploración estuvo circunscrita fundamentalmente a la antropología anglosajona y, concretamente, a la antropología cultural norteamericana. En el Reino Unido, esta disciplina tomó un rumbo diferente al desarrollado en los Estados Unidos, por lo menos en lo referente a la antropología de la infancia, ya que la psicología del desarrollo ejerció un influjo mucho menor que en los Estados Unidos.

Por haber centrado el desarrollo de este trabajo en la antropología norteamericana, no aparecen figuras centrales en la antropología inglesa, como Malinowski y su insistencia en el trabajo de campo y en la importancia de describir todos los aspectos de la vida, junto a su influencia en la formación de generaciones de antropólogos ingleses quienes elaboraron importantes etnografías, muchas de ellas con capítulos dedicados a las vidas de los niños, las niñas y la juventud, así como a la relación de estos con los padres y los adultos, y a las formas en que la infancia era conceptualizada (Montgomery, 2009: 35). No aparece Raymond Firth, quien reemplazó a Malinowski en el London School of Economics, en 1944, desempeñó un papel fundamental en la consolidación de la antropología social británica, y desarrolló una importante descripción y discusión sobre los niños en Tikopia, Polinesia (1936); tampoco aparece Audrey Richards (1956), otro estudiante de Malinowski, quien escribió sobre el fin de la infancia y la ubicación de los niños en la sociedad, y siempre consideró a los niños como un elemento importante en sus etnografías. De igual manera, en el presente artículo no se encuentra el trabajo de Meyer Fortes —*The web of kinship among the Tallenasi* (1949), donde más de un tercio de la obra está dedicado al estudio de la relación entre padres e hijos y su mutua dependencia— ni se mencionan a muchos otros antropólogos que, a lo largo del siglo xx, contribuyeron con sus trabajos de campo, etnografías y análisis al entendimiento de los niños. Será necesario realizar una exploración posterior para dar cuenta de estos desarrollos.

La relación de la psicología con la antropología en el desarrollo de la antropología británica tomó rumbos diferentes respecto de los que esta relación adquirió en los Estados Unidos. La influencia del

estructural funcionalismo llevó a la antropología británica a centrar la investigación más en las instituciones, en los grupos de edad o los sistemas de parentesco que en las interpretaciones psicológicas del desarrollo infantil o el entendimiento de la forma como los niños se convierten en adultos. A pesar del interés inicial de la antropología inglesa en la vida de los niños, con el correr de los años este se desvaneció. El rechazo de la psicología y, posteriormente, la influencia de Lévi-Strauss y el estructuralismo, desplazaron el énfasis en los estudios detallados de las comunidades, en los cuales los niños, a menudo, eran una parte importante y visible de los trabajos.

Historiadores de la antropología y, concretamente, de la antropología de la infancia coinciden al afirmar que los niños han sido seres dejados de lado dentro de la literatura antropológica, al igual que en el desarrollo de las técnicas o métodos usados por la disciplina. Sin embargo, la afirmación debe ser matizada y analizada con más detenimiento, ya que los niños sí han estado presentes desde los inicios mismos de la disciplina en los trabajos de múltiples antropólogos y antropólogas a lo largo del desarrollo de la antropología en Norteamérica y, específicamente, dentro de la escuela de Cultura y Personalidad y el linaje de antropólogos que allí se formaron. Estos estudios, a pesar de su carácter esporádico y la falta de continuidad en el esclarecimiento de sus problemáticas, han permitido recopilar un importante acervo de información que incluye no solo a los niños norteamericanos, sino a los niños y las niñas de múltiples culturas existentes en los diversos continentes, haciendo posible que hoy en día la antropología haya podido construir múltiples panoramas sobre el sentido de la infancia y la forma como se desarrollan las vidas de ellos en diversas culturas alrededor del mundo. Esta experiencia antropológica ha desempeñado un papel muy relevante en la nueva visión que Occidente ha ido construyendo sobre la infancia, la cual ha implicado el resquebrajamiento de la visión tradicional de esta y el surgimiento, en los últimos treinta años, de la imagen de un niño menos dependiente y sumiso, y más creativo y “empoderado” que, a su vez, ha merecido un renovado interés por parte de la antropología, legitimando el campo de los estudios sobre la infancia.

Al realizar una exploración del desarrollo de la antropología de la infancia en Norteamérica, llama profundamente la atención el hecho de que, en los múltiples ejemplos de trabajos desarrollados por

antropólogos estadounidenses en todos los continentes, se registren muy pocas e insignificantes investigaciones realizadas en América Latina. Con excepción de algunos casos de México, Brasil y unos pocos del Amazonas, los niños de Centro América, Suramérica y las Antillas, así como sus complejas problemáticas, poca reflexión han ameritado para la antropología de la infancia norteamericana. De Colombia no se encontró ningún ejemplo en el material revisado.

Si bien los niños no han tenido la importancia que Margaret Mead les quiso otorgar dentro de la antropología, se debe resaltar, además, que los bebés, los infantes, son los que han merecido menor atención por parte de los antropólogos dentro del grupo que conforma la infancia. Las dificultades para su estudio pueden estar relacionadas, como lo vimos, a la asociación de los bebés con las mujeres y su dependencia de ellas, quienes también han sido marginadas de la antropología; además, a su presunta incapacidad para comunicarse, a las dificultades que implica su cuidado (el hecho de cargarlos, alimentarlos y limpiarlos) y al bajo nivel de racionalidad que Occidente les atribuye a los niños. Si bien la antropología, a pesar de los múltiples vacíos existentes en relación con la infancia, ha logrado acumular un acervo de información muy importante, los infantes ocupan un lugar marginal en la literatura. Los nuevos desarrollos de la llamada etnopediatría han venido supliendo vacíos muy importantes (Small, 1998).

Trabajos aparecidos recientemente en los Estados Unidos, entre ellos, especialmente, los de Alma Gottlieb y su llamado hacia una antropología de la infancia, así como los de Helen Shwartzman, citados en este texto, o los de Myra Bluebond-Langner, fundadora y directora del Centro para el estudio de los niños y la infancia de la Universidad de Rutgers y editora de la serie *Estudios de la infancia*, de la misma universidad, permiten vislumbrar un renovado interés en el tema, iluminado por una perspectiva más madura y reflexiva que, se espera, permita superar los posicionamientos ideológicos que han caracterizado el trabajo antropológico con la infancia, es decir: las percepciones eurocentristas, la centralización adulta y la concomitante falta de capacidad de acción o “agencia” que se le otorga a los niños, además de las múltiples concepciones que los hacen ver como seres sin capacidad de invención, pasivos y conformes ante el moldeamiento adulto y las fuerzas del cambio. Estas visiones con las que la antropología ha investigado la infancia han

tendido un manto de sombras sobre un asunto central y fundamental en la antropología de la infancia, como es el poder que el adulto ejerce sobre dicha etapa de la vida y la dominación que estructura las relaciones entre adultos y niños (Schwartzman, 2001b).

Margaret Mead, desde 1933, planteaba que los antropólogos debían expandir “las preguntas que todos los buenos etnógrafos se hacían” e incluir en sus proyectos de investigación el estudio sobre el comportamiento de los niños. Aunque no es claro hasta qué punto los antropólogos han oído los clamores de Mead, existen esperanzas de que en este nuevo siglo se desarrolle una verdadera “antropología de la infancia”, que tome a los niños seriamente y que lleve, finalmente, a la antropología a hacerse las preguntas que, según Mead, los buenos etnógrafos deberían hacerse, teniendo en cuenta el punto de vista de los niños, sus experiencias, su comportamiento.

Es necesario que la investigación antropológica abra sus puertas y fortalezca sus análisis entrelazándolos con los esfuerzos que otras disciplinas vienen realizando sobre el tema, especialmente la psicología, la pediatría, la historia, la pedagogía, y que se conforme el campo de estudios interdisciplinarios sobre la infancia. Así lo demuestran las experiencias de varios centros de investigación y formación como el conformado por la Univesidad de Rutgers<sup>11</sup>, al igual que los esfuerzos realizados por la Universidad de Ohio y su interés por comprender a los niños de África<sup>12</sup>.

---

11 Este Centro (The Rutgers University Center for Children and Childhood Studies), fundado en el año 2000, busca promover la comprensión y el reconocimiento de las múltiples experiencias de la infancia, mediante la realización de proyectos de investigación y educación aplicados. Entre sus actividades se encuentra la publicación de una importante serie de libros de carácter multidisciplinario de estudios sobre la infancia, editada por la antropóloga Myra Bluebond-Langner, Ph.D. Las publicaciones realizadas por autores provenientes de diversos campos como la antropología, el derecho, la historia, la literatura, la psicología, la religión y la sociología, reflejan fundamentalmente las visiones existentes sobre la infancia en los Estados Unidos y en el extranjero. Estas se encuentran dirigidas no solo a la academia, sino también a aquellas personas encargadas de la planeación y administración de proyectos tendientes a satisfacer las necesidades de los niños y a formular políticas relacionadas con su vida y su futuro (véase <http://children.camden.rutgers.edu/pubs.htm>).

12 La Universidad de Ohio apoya al Instituto para el Niño Africano y publica una importante revista, *Childhood in Africa: An Interdisciplinary Journal*, que busca conformar un foro de discusión y actualización de información sobre la infancia en este continente.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ariès, P. (1973). *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Paris: Seuil.
- Bateson, M. C. (1994). *With a daughter's eye: Memoir of Margaret Mead and Gregory Bateson*. New York: HarperCollins Publisher Inc.
- Bateson, M. C. (2001 [1977]). Words for a new century. En M. Mead (ed.), *Letters from the field, 1925-1975*. New York: HarperCollins Publisher Inc.
- Bateson, G. & Mead, M. (1942). *Balinese character: A photographic analysis*. New York: Academy of Sciences.
- Benedict, R. (1938). Continuities and discontinuities in cultural conditioning. *Psychiatry*, 1(2), 161-167.
- Boas, F. (2008 [1912]). Plasticity in child development. En R. LeVine y R. New (eds.), *Anthropology and child development. A cross-cultural reader*. Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Culin, S. (1899). Hawaiian games. *American Anthropologist*, 2(1), 201-247.
- DeLoache, J. & Gottlieb, A. (2000). *A world of babies. Imagined childcare guides for seven societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DeVore, B. I., Vogt (Jr.), E. Z. & LeVine, R. A. (2004, abril). At a meeting of the Faculty of Arts and Sciences. Consultado el 9 de mayo de 2009 en [www.fas.harvard.edu/~secfas/Whiting\\_Memorial\\_Minute.pdf](http://www.fas.harvard.edu/~secfas/Whiting_Memorial_Minute.pdf)
- Dudley, K. (1906). *Savege childhood. A study of kafir children*. London: Adam and Charles Black.
- Elder (Jr.), G. H. (1994 [1993]). Time, human agency, and social change: perspectives on the life course. *Social Psychology Quarterly*, 1(57), 4-15.
- Encyclopædia Britannica. (2009, marzo). *Géza Róheim*. Consultado el 9 de mayo de 2009 en [www.britannica.com/EBchecked/topic/506893/Geza-Roheim](http://www.britannica.com/EBchecked/topic/506893/Geza-Roheim)
- Fewkes, W. (1923). Clay figurines made by Navaho children. *American Anthropologist*, 4(25), 559-563.
- Freeman, J. D. (1983). *Margaret Mead and Samoa: The making and unmaking of an anthropological myth*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Freeman, J. D. (1999). *The fateful hoaxing of Margaret Mead: A historical analysis of her Samoan research*. Boulder, CO: Westview Press.
- Goodman, M. E. (1957). Values, attitudes and social concepts of Japanese and American children. *American Anthropologist*, 6(59), 979-999.
- Goslin, D. A. (1969). *Handbook of socialization. Theory and research*. Chicago: Rand McNally.
- Gottlieb, A. (1998). Do infants have religion? The spiritual lives on beng babies. *American Anthropologist*, 1(100), 122-135.

- Gottlieb, A. (2000). Where have all the babies gone? Toward an anthropology of infants (and their caretakers). *Anthropological Quarterly*, 3(73), 121-132.
- Grinnell, G. B. (1923). *The Cheyenne Indians*. New Haven: Yale University Press.
- Hymes, D. (ed.). (1972). *Reinventing anthropology*. New York: Random House.
- Kidd, D. (1906). *Savage childhood. A study of kafir children*. London: Adam and Charles Black.
- Langness, L. L. (1975). Margaret Mead and the study of socialization. *Ethos*, 3(2), 97-112.
- LeVine, R. (2007). Ethnographic studies of childhood: A historical overview. *American Anthropologist*, 2(109), 247-260.
- LeVine, R. et. al. (1998 [1994]). *Child care and culture. Lessons from Africa*. New York: Cambridge University Press.
- LeVine, R. & New, R. (eds.). (2008). *Anthropology and child development: Across cultural reader*. Oxford: Blackwell.
- Lubbock, J. (1978 [1870]). *The origin of civilization and the primitive condition of man*. Chicago: University of Chicago Press.
- Maier, T. (1998). *Doctor Spock: An American life*. New York: Harcourt Brace.
- Mead, M. (1930). *Growing up in New Guinea*. New York: William Morrow.
- Mead, M. (1933). More comprehensive field methods. *American Anthropologist*, 1(35), 1-15.
- Mead, M. (1955 [1954]). Theoretical setting. En M. Mead y M. Wolfenstein (eds.), *Childhood in contemporary cultures*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Mead, M. (1971 [1928]). *Coming of age in Samoa: A study of adolescence and sex in primitive societies*. London: Pelican.
- Mead, M. (1972). *Blackberry winter: My earlier years*. New York: William Morrow and Company.
- Mead, M. (2001 [1977]). *Letters from the field, 1925-1975*. New York: HarperCollins Publisher Inc.
- Mead, M. & Wolfenstein, M. (eds.). (1955). *Childhood in contemporary cultures*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Montgomery, H. (2009). *An introduction to childhood. Anthropological perspectives on children's lives*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Murdock, G. (1934). Kinship and social behavior among the Haida. *American Anthropologist*, 3(36), 355-385.
- Róheim, G. (1943). Children's games and rhymes in duau (Normanby Island). *American Anthropologist*, 1(45), 99-119.

- Róheim, G. (1974). *Children of the Tesert: The western tribes of central Australia*. New York: Basic Books, Inc. Publishers.
- Scheper-Hughes, N. (1997 [1992]). *La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Editorial Ariel S. A.
- Scheper-Hughes, N. & Sargent, C. (eds.). (1998). *Small wars: The cultural politics of childhood*. Berkeley: University of California Press.
- Schwartzman, H. B. (2001a). Introduction. Questions and challenges for a 21.<sup>st</sup> century anthropology of children. En H. B. Schwartzman (ed.), *Children and anthropology. Perspectives for the 21<sup>st</sup> century*. Westport, CT: Greenwood Publishing Group, Inc.
- Schwartzman, H. B. (2001b). Children and anthropology: A century of studies. En H. B. Schwartzman (ed.), *Children and anthropology. Perspectives for the 21<sup>st</sup> century*. Westport, CT: Greenwood Publishing Group, Inc.
- Small, M. (1998). *Our babies, ourselves: How biology and culture shape the way we parent*. New York: Anchor.
- Spock, B. (1946). *The common sense book of baby and child care*. New York: Simon & Schuster Inc.
- Stephens, S. (ed.). (1995). *Children and the politics of culture*. Princeton: Princeton University Press.
- Stern, G. & Bohannan, P. (1970). The first eight years. Newsletter of the American Anthropological Association. *American Anthropologist*, 11, 5-12.
- Stevenson, M. C. (s. f.). *The religious life of the Zuñi child*. Washington: Smithsonian Institution-Bureau of Ethnology.
- Taylor, E. (1913 [1871]). *Primitive culture: Researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art and custom*. London: John Murray.
- Whiting, J. (1941). *Becoming a kwoma: Teaching and learning in a New Guinea tribe*. New Haven: Yale University Press.
- Whiting, B. (1963). *Six cultures: Studies of child rearing*. New York: Wiley.
- Whiting, B. & Edwards, C. P. (1988). *Children of different worlds: The formation of social behavior*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Wood, E. E. (1903). Notes on oriental babies. *American Anthropologist*, 4(5), 659-666.